

costumbres antiguas habian sido removidas en sus fundamentos y que la preocupación que por tan largo tiempo habia reinado se quebrantaba con la invasión de las nuevas creencias, no oídas hasta entónces. Contra este poder los emperadores se irritaban, los gobernadores de provincia castigaban, los ciudadanos murmuraban, la plaza pública se desencadenaba, los tribunales se apasionaban, las espadas estaban desnudas, las armas preparadas y la ley en cólera; de aquí los suplicios, las venganzas, las amenazas, y por todas partes el aparato de lo que se llama el terror. Las olas del mar furioso lanzando de su seno navíos estrellados son una imágen de este estado del mundo, en que por la religion el hijo renunciaba al padre, la nuera á la suegra, los hermanos se dividian, los amos se indignaban contra los sirvientes; toda la naturaleza estaba consigo misma en discordia y por todas partes se levantaba una guerra, no sólo civil, sino doméstica. Es que la palabra, como una espada, penetraba por todas partes, excitaba un gran combate, una gran querella y creaba en todas partes contra los fieles odios y persecuciones» (1).

El paganismo es el elemento característico de la antigüedad. La lucha que el Evangelio tuvo que sostener contra el mundo antiguo es, pues, una lucha de dos religiones. Pero el politeísmo greco-romano no es tanto un sistema religioso como una civilización particular: no son los sacerdotes los que representan el paganismo considerado como dogma; son más bien los filósofos. Los discípulos de Cristo tenían, pues, que combatir á la vez las creencias populares y la civilización antigua. La lucha de los nuevos dogmas con las ideas filosóficas encontrará su lugar en la historia de la filosofía cristiana. Vamos á seguir al cristianismo en medio del gentilismo. La oposición violenta que encontró nos explicará una de las fases de un problema que preocupa hoy á las almas religiosas. La conciencia humana ha abandonado las creencias fundamentales del cristianismo histórico; cuesta aún trabajo el comprender que una doctrina errónea haya gobernado el mundo durante siglos. Responderémos desde luego que hay grandes verda-

(1) CHRYSOST., *De gloria in tribulation.*, t. III, p. 142 (traducción de VILLEMANN). C. *Homil. VII in Templo Sanctae Anastasiae* (t. XII, p. 359).

des mezcladas con los errores que se combaten en la teología cristiana. Decir que todo el sistema de la Iglesia no es sino una ilusión del espíritu humano, es suponer que la inteligencia pueda vivir de mentiras. De la misma manera que el cuerpo no se alimenta de veneno, el espíritu no se alimenta de errores. El cristianismo ha reunido en una unidad superior las ideas elaboradas por la antigüedad: esta superioridad legitima su advenimiento. Si contiene en sí un elemento supersticioso, esto se explica por el estado del mundo antiguo. Póngase la sociedad greco-romana enfrente de los principios que tienden hoy á dominar acerca de Dios y del hombre y nos convencerémos de que el paso súbito del politeísmo á una religion pura de toda mezcla supersticiosa era imposible. La larga lucha que el cristianismo sostuvo contra el gentilismo nos muestra que la sociedad antigua, á pesar del desarrollo literario y filosófico que nos encanta, se hallaba en la infancia. En cuanto á los pueblos que iban á ocupar el lugar de los Griegos y de los Romanos eran Bárbaros. En un mundo semejante era necesaria una fe distinta que en un estado social más avanzado. El cristianismo estaba en armonía con la misión que tenía que cumplir. Esta misión está cumplida; ha venido el tiempo en que es necesario desechar los errores y apoyarse sobre lo que hay de verdadero en la herencia de lo pasado para dirigirse al porvenir.

#### N.º 2. — Oposición entre el cristianismo y la antigüedad.

La filosofía habia hundido la autoridad del politeísmo. Jesucristo trae á los hombres la fe que les falta: ¿por qué la rechazan? Porque abrazan una religion que ha muerto ya. La razón suprema es que una religion nueva pide razas ó al ménos generaciones nuevas. La religion es la que constituye la vida del hombre; cuando ha alcanzado una duración secular continúa dominando los espíritus, aún cuando hayan dejado de creer en sus dogmas (1).

(1) La costumbre, dice CRISÓSTOMO, es una segunda naturaleza; tiene más fuerza aún en materia de religion, porque nada es tan difícil de cambiar como las creencias. Estas innovaciones, aún cuando sean buenas, turban las almas (*Homil. VII in epist. 1 ad Corinth.*, t. X, p. 59, D.).



Abandonar una religion para abrazar otra nueva es acabar con nuestra existencia para comenzar otra nueva. La gracia divina puede obrar esta regeneracion en algunos hombres (1); pero la inmensa mayoría se mostrará hostil. Es necesario que las generaciones imbuidas en las antiguas ideas se extingan para que la verdad penetre en las almas nuevas. Quizás es necesario aún más: una de estas perturbaciones que aterran al género humano, pero que en los designios de Dios sirven para renovarlo. Tal es, al ménos, la ley que ha seguído el desarrollo del cristianismo. El Evangelio no llegó á regenerar á la sociedad romana; fué necesaria la invasion de los Bárbaros para abrir la era de la civilizacion moderna.

Cuando se pone al mundo romano enfrente del cristianismo, la oposicion entre la sociedad antigua y la religion nueva se manifiesta claramente en todos los puntos. Es verdad que el Evangelio no hacía más que continuar la obra de la filosofía, pero la filosofía se limitaba á la especulacion, no se dirigia sino á las inteligencias escogidas: Jesucristo encargó á unos pescadores la conversion del género humano. La filosofía se habia declarado impotente para elevar las masas á la verdad: la religion intentó la obra. De aquí tales dificultades que fué necesaria á los apóstoles la conuiccion de la asistencia divina para atreverse á afrontarlas.

El cristianismo difiere de una manera fundamental de los cultos de la antigüedad pagana. Tal como nosotros la concebimos, la religion es ante todo una relacion del hombre con Dios. Síguese de aquí que la religion es independiente del Estado, no por que no deba tener influencia en la forma de la sociedad, sino por que esta influencia debe emanar de la sociedad modificada por las creencias, y no manifestarse como si la religion fuera una rueda del Gobierno. El politeísmo romano, al contrario, era una institucion política, uno de los elementos de la constitucion; la aristocracia, base de la sociedad, estaba al mismo tiempo investida del poder sacerdotal. A la caida de la república el emperador reconcentró en

(1) CIPRIANO, antes de su conversion, consideraba este *renacimiento* como imposible. Atribuye á la gracia de Dios la maravillosa revolucion que se opera en él (*epist. ad Donat.*, p. 3, C.).

su persona la soberanía civil y la soberanía religiosa. Atacar á la religion pagana era, pues, atacar al Estado. El fundador del cristianismo, presintiendo la oposicion violenta que habia de encontrar, prescribió á sus discípulos que dieran al César lo que era del César. Pero en vano decian los cristianos que reconocian la soberanía del Imperio; por el mero hecho de distinguir en la soberanía el elemento religioso y el elemento temporal, se colocaban fuera de la ley fundamental del Estado, y negaban al emperador uno de los atributos esenciales de su poder. Hubiera sido necesaria una modificacion en el órden social para admitir el cristianismo; pero la antigüedad no dejaba paso alguno á un progreso regular, constitucional: todos los estados estaban fundados sobre el principio de la inmovilidad. Más que otro pueblo alguno los Romanos tenian un respeto supersticioso á las instituciones de sus antepasados (1). Los cristianos, cosa inaudita, osaban alejarse de la religion establecida; más aún, la despreciaban, la ultrajaban como la obra del demonio. Tal es la causa primera de la oposicion que el Evangelio encontró en la sociedad romana. Era la más fuerte de las antinomias; el progreso en presencia de la inmovilidad (2). A los ojos de los paganos los cristianos eran revolucionarios que se proponian nada ménos que reformar el mundo (3).

El cristianismo halló una oposicion no ménos viva en las costumbres. Aunque la religion de Roma fué más moral que la de la Grecia, la moralidad no tenía verdadero apoyo en el paganismo. Acompañó una corrupcion gigantesca á la decadencia de la sociedad antigua; el materialismo más abyecto corroia lo que le quedaba de vida. Para salvar á la humanidad era necesaria una violenta

(1) CICERO, *De Natura Deor.*, III, 1: «Majoribus nostris, etiam nulla ratione reddita, rationis est credere.»

(2) ARNOB., *adv. Gentes* I: «Religiones impias, inauditos cultus.—Erecreabilis religio est, est infausta, impietatis et sacrilegii plena, carimonias antiquitus institutas novitatis suae superstitione contaminans.»—ID., lib. II: «Quod nobis obiectare consuetis, novellam esse religionem nostram. Nova res est quam gerimus.»

(3) EUSEB., *Praepar. Evang.* 1, 2: πῶς δ' οὐ καταγόμεν ὀυσεβεῖς ἂν εἶεν καὶ ἄθεοι, οἱ τῶν πατρῶν ἔθων ἀποστάτες, οἱ ὃν πᾶν ἔθνος καὶ πᾶσα πόλις συνέστηκεν.—ID., IV, 1: δεόν σεβειν ἕκαστον τὰ πάτρια, μηδὲ κινεῖν τὰ ἁκίνητα, στοιχεῖν δὲ καὶ ἐφέπεσθαι τῇ τῶν προπατόρων εὐσεβείᾳ, ἀλλὰ μὴ πολυπραγμανεῖν ἱεροῦ καινοτομίας.



reacción; pero esta reacción no era posible sino en las almas escogidas; pedía una energía de voluntad de que no eran capaces los espíritus enervados y embrutecidos de los Romanos del Imperio. El cristianismo hizo esfuerzos sobrehumanos para reformar las costumbres; opuso el exceso del espiritualismo al exceso de la corrupción. Escuchemos á *San Crisóstomo*: «Gozar de la vida, abandonarse á sus pasiones, buscar la fortuna para tener los medios de satisfacerlas; tal era la moral práctica de los gentiles. Los discípulos de Cristo predicaron y practicaron la castidad, la abstinencia, el desprecio de los goces de este mundo, el abandono de los bienes» (1). Pero haciéndose exclusivamente espiritualista, la religión chocaba á cada paso con la existencia y las costumbres que el paganismo había creado entre los Romanos.

El paganismo no tenía nada de íntimo; la vida pagana era una vida exterior. Ahora bien, desde el origen de Roma nada se hacía, ni durante la guerra, ni durante la paz, sin la intervención de la religión. Las fiestas mismas que entretenían la ociosidad del pueblo romano formaban parte del culto; el paganismo parecía ser la religión del placer. Así la vida pública y civil estaba infectada de supersticiones paganas: ¿cómo los cristianos no habían de huir de ella y despreciarla y odiarla? La vida modesta de su divino maestro les confirmaba en este alejamiento. Él, Hijo de Dios, Rey de los reyes, había desdeñado el trono, hasta el punto de hacerse el servidor de los suyos; según su ejemplo, los cristianos debían mantenerse alejados de toda dignidad, de toda gloria terrestre para entregarse á la adoración de Dios (2). Como raza sacerdotal, los cristianos tenían el cielo por patria, la Iglesia por familia. La oposición entre sus sentimientos y la sociedad que los rodeaba era tal, que no concebían ni aún que el Imperio pudiese llegar á ser cristiano (3).

Si los cristianos se alejaban de la vida pública, porque estaba en oposición con su religión, ménos podían aún tomar parte en las fiestas del paganismo. Alguno de estos espectáculos había ya

(1) CHRYSOST., *Homil.*, VII, in ep. 1 ad Corinth (t. X, p. 61).

(2) TERTULL., *De idolatr.*, 18.

(3) IBID., *Apolog.* 21.—Compárese más arriba, pág. 254, núm. 1.º

indignado á la humanidad griega. ¿Cómo no habían de ver con horror los cristianos los juegos en que se vertía la sangre de los hombres para entretener á los espectadores? Les parecía «que había poca diferencia entre cometer el homicidio y verlo cometer con placer» (1). Los Padres de la Iglesia fueron más léjos; condenaron todas las fiestas de los paganos como infectadas de idolatría (2), ó como incompatibles con el recogimiento religioso que debía caracterizar la santa existencia de un discípulo de Cristo: «¿Meditaréis en los profetas escuchando á un actor? exclama *Tertuliano*. ¿Las melodías de un eunuco acompañarán bien á los cantos de los salmos? Huid de los teatros; son los santuarios de Vénus y de Baco. Evitad toda especie de reunión pagana; ¿no se blasfema en ellas el nombre de Dios? ¿no se grita todos los días, *los cristianos á los leones?*» (3) En vano decían los paganos que nada había más inocente que un regocijo público (4); los Padres de la Iglesia respondían que las fiestas de los cristianos eran una oración continua, que su alegría consistía en despreciar toda alegría, en despreciar el mundo, en despreciar la muerte: una conciencia pura, una vida sin tacha, tales eran sus espectáculos (5).

Aun en la vida privada los cristianos se alejaban de los paganos. El paganismo, ligado á todos los actos de la existencia, impregnaba de alguna suerte el aire que se respiraba. Es necesario leer la obra de *Tertuliano* sobre la idolatría para tener una idea del abismo que separaba á las dos sociedades. Dios no prohíbe sólo el adorar á los ídolos, sino también el hacerlos; no es, pues, permitido á los cristianos el ejercer un arte que contribuye á formar ó á decorar los ídolos; es idólatra el que se hace instrumento de la idolatría. El severo *Tertuliano* no admite excusa alguna: «¡Los neófitos se verán reducidos á la miseria!—La caridad cristiana los

(1) LACTANT., *Divin. Inst.*, VI, 20.

(2) IBID., *Div. Instit.*, VI, 20: «*Ludorum celebrationes, decorum festa sunt.*»

(3) TERTULL., *de Spectac.*, 15, 10, 26.—C. CYPRIAN., *epist. ad Donat.*, p. 3.—LACTANT., *Divin. Instit.*, VI, 20.

(4) MINUC. FELIX, *Octav.*, 12: «*Honestis voluptatibus abstinetis.*»—TERTULL., *De Spectac.*, c. 1.—ORÍGEN., c. *Cels.*, VIII, 21.

(5) TERTULL., *De Spectac.*, 22, 29.—ORÍGEN., *ib.*



socorrerá.—¡Los artistas no producirán ya obras maestras!—Que se hagan carpinteros.» Esta proscripción alcanzaba á casi todos los oficios. Las casas, los vestidos, los muebles de los paganos debían sus adornos á las ficciones consagradas por la imaginación de los Griegos. La poesía y toda la literatura se inspiraban en creencias paganas. Para los cristianos, Apolo y las Musas eran los órganos de Satanás: *Homero* y *Virgilio* eran sus ministros; la mitología celebraba la gloria de los demonios; la lengua misma era la expresión de la idolatría (1).

Las relaciones más sencillas entre los cristianos y los paganos eran casi imposibles. No podían asistir á un banquete porque se hacían libaciones á los dioses; á un casamiento, porque el cortejo del himeneo traía á la memoria los recuerdos más frívolos del paganismo; á las exequias, porque Mercurio les esperaba en la hoguera. No podían tomar parte, ni en la alegría, ni en el duelo de sus conciudadanos. Lo que buscaban los paganos, lo deseaban los cristianos; lo que era venerado por los unos era abominado por los otros (2). Los paganos vivían en la tierra, los cristianos en el cielo: «Pálidos, decíase, temblorosos, dignos de piedad, huyen de la luz, se ocultan en las tinieblas, no viven, por gozar de una resurrección que nunca llegará» (3).

El cristianismo y el paganismo formaban dos sociedades en un mismo Estado; la oposición debía acabar por ser hostil. Nos parece hoy que la santa existencia de los primeros fieles y la caridad que practicaban con un ardor tan vivo, hubieran debido, si no aproximar los paganos á los cristianos, al menos inspirarles sentimientos de respeto hacia creencias que producían tanta virtud. ¿No bastaba conocer á los discípulos de Cristo para dejar de odiarlos? (4). Pero después de muchos siglos de cristianismo los paganos lo ignoraban aún; lo poco que sabían de la doctrina y de la vida de los cristianos lo tergiversaban, y hacían de ello un obje-

(1) Los cristianos no deben tener escuela, dice TERTULIANO (*de idol.*, 10), porque serían obligados á explicar los nombres, las genealogías y todas las fábulas de los falsos dioses, lo cual es como el catecismo de la idolatría.

(2) TERTULL., *Apolog.* 38.

(3) MINUC. FELIX, *Octav.*, c. 8, 12.

(4) TERTULL., *Apolog.* I. «*Simul desinunt ignorare, cessant et odisse.*»

to de acusación. Reobrando contra el orgullo aristocrático de la antigüedad, el cristianismo «había ido á buscar para consolarlos á hombres en quienes los hombres no pensaban, y de los cuales apartaban los ojos» (1). Se le imputó como crimen lo que constituía su gloria. Los filósofos no se cansaban de echar en cara á los cristianos la humildad de su procedencia (2); se indignaban de que los *simples de espíritu*, hombres rudos, incultos, tuvieran la pretensión de decidir cuestiones sobre las cuales los sabios disputaban hacia ya siglos (3). El helenismo se irritaba contra los Griegos apóstatas que desertaban de una civilización ilustrada por Homero y Platon, para abrazar la oscura religión de un Bárbaro (4).

Como los cristianos huían de los altares de los dioses, el pueblo veía en ellos hombres sin religión, ateos. Los unos decían que los nuevos sectarios adoraban á un desgraciado condenado al último suplicio por sus crímenes, y al madero funesto de la cruz, «altares dignos de los malvados que reverenciaban lo que merecían» (5); otros creían que el Dios de los cristianos era la cabeza de un asno (6). Habitados á sus divindades inertes y extrañas al destino del hombre, los paganos no podían comprender un Dios presente en todas partes, omnisciente: «¿Qué prodigios no inventan? exclamaban. Su Dios, al cual no pueden ni mostrar, ni ver, se informa exactamente de las costumbres de todo el mundo, de las acciones, de las palabras, de los pensamientos más secretos; se pasea y se encuentra en todas partes, es incómodo, inquieto, curioso hasta la impudencia. Pero este Dios que se ocupa de cada uno de nosotros, que basta á todos, es al mismo tiempo el más impotente de los dioses. ¡Sois pobres, sufrís el frío, el hambre, el trabajo; y vuestro Dios lo consiente! No quiere, ó no puede socorreros, tan débil ó injusto es. Se os amenaza; se os han hecho sufrir los tormentos, la cruz, el fuego. ¿Dónde está vuestro Dios?»

(1) CHATEAUBRIAND, *Los Mártires*.

(2) JUSTIN., *Dialog.*, c. *Tryph.*, c. 8: ἀνθρώποι; ὀδυνός ἀξιοί.

(3) MINUC. FELIX, *Octav.* 5, 12.—CHRYSOST., *Homil. VII in ep. I ad Corinth.* (t. X, p. 60, 8).

(4) EUSEB., *Præpar. Evang.*, VIII, 1.—CELS., ap. ORÍGEN., c. *Cels.* 1; 2: βάρβαρον δόγμα.

(5) MINUC. FELIX, *Octav.*, c. 9.

(6) TERTULLIAN., *Apolog.* 16.



¡Puede socorreros despues de vuestra resurreccion y no lo puede durante vuestra vida!» (1).

Hay una creencia en el cristianismo cuya práctica impresionaba vivamente á los paganos: «Los cristianos, decian, se llaman todos hermanos y hermanas; se aman casi ántes de conocerse.» ¿Pero cómo interpretaban los paganos la fraternidad de los fieles? Segun ellos cubrian bajo este bello nombre las infamias y los crímenes de que constituian una religion (2). La credulidad y la ignorancia populares han sido siempre pródigas en acusaciones contra aquellos que se alejan de los senderos trillados. Nunca se imaginaron calumnias más absurdas que las que envolvian las acusaciones de los paganos: «Los cristianos degollaban un niño en sus misterios y se lo comian; despues de esta comida cometian incestos; unos perros que tomaban parte en sus placeres derribaban las antorchas, y, privándoles de la luz, les libraban de la vergüenza» (3).

Los cristianos se colocaban fuera de la constitucion política; estaban en oposicion violenta, constante, con las costumbres; su vida singular favorecia la calumnia. De aquí el odio furioso con que los paganos los persiguieron: «Eran enemigos de los dioses, del Emperador, del Estado, del género humano, criminales culpables de todos los crímenes» (4). Apénas se los consideraba como hombres (5). El nombre de cristiano se hizo infamante. Los paganos evitaban todo contacto, áun el de la palabra, con aquellos malditos sectarios (6). Un pagano que tuviese valor para convertirse se ponía en cierto modo fuera de la ley: «Un marido, dice Tertuliano, aunque no tiene ya por que ser celoso, repudia á una

(1) TERTULL., *De testim. anim.*, c. 2.—MINUC. FELIX, *Octav.*

(2) MINUC. FELIX, *Octav.*, c. 9.

(3) TERTULL., *Apolog.* 7. TERTULIANO da una buena respuesta á esta calumnia. Despues de haber demostrado lo que hay de infame y de increíble en las censuras de los paganos, apostrofa á los acusadores: «Si crees estas cosas de un hombre, es que tú podrias hacerlas. Pero tú eres un hombre como los cristianos; tú no podrias cometer estas infamias, pues no las creas.»

(4) IBID., *Apolog.*, 2, 35; *ad Scapul.*, 2.

(5) IBID., *ad Nat.*, 1, 8: «*Tertium genus dicimur, Cynopennæ aliqui, vel Sciapodes, vel aliqui de subterranea Antipodes.*»

(6) ORÍGEN., *c. Cels.*, VI, 27.

mujer que se ha hecho casta: un padre deshereda á un hijo, sumiso para lo sucesivo, y cuyos desórdenes toleraba ántes; un amo despide á un esclavo fiel que hasta entónces habia tratado con dulzura. Cuanto más se enmienda el que se hace cristiano, tanto más odioso se hace; tanto excede el odio del nombre cristiano al bien de que es el principio» (1).

El odio al nombre cristiano llegó á ser el origen de las acusaciones más peligrosas. Sin tener el sentimiento profundo de la religion, los romanos participaban de sus terrores. Un accidente de la naturaleza affigia al pueblo, las derrotas de las legiones alarmaban al Senado, y se atribuian estas desgracias á alguna negligencia en el culto de los dioses. ¿Cuál sería el furor de los paganos cuando vieron á una secta cada dia más numerosa negar la existencia de sus divinidades! Decian que los dioses irritados abrumaban al mundo con todos los males imaginables; que rehusaban velar por el destino de los hombres y abandonaban la humanidad al desorden de sus pasiones (2). Bien pronto los terribles Bárbaros se arrojaron sobre el imperio. La decadencia de la antigüedad habia comenzado, por decirlo así, con el cristianismo. Los Romanos no podian saber que el Evangelio fuese el germen de una sociedad nueva, no veian en los cristianos más que un elemento de disolucion y de ruina. Lógico en su odio y en su cólera, el pueblo quiso exterminar á aquellos enemigos del género humano; gritaba á cada instante: ¡los cristianos á los leones! (3).

### N.º 3.—*El cristianismo perseguido.*

El odio popular juega un gran papel en las persecuciones que sufrió el cristianismo. Irritados con la desercion de los cristianos, los paganos los perseguian como enemigos de la sociedad; no pedian justicia, sino la muerte inmediata de los culpables. Sin embargo, semejantes procedimientos repugnaban al espíritu jurídi-

(1) TERTULL., *Apolog.* 3.

(2) ARNOB., *adv. Gentes*, I, 1.—Era un proverbio: «*Pluvia deficit, causa Christiani*» (AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, II, 3).

(3) TERTULL., *Apolog.*, c. 40.